

Los insectos en la literatura moderna

Pierre MORET¹

¹ 63 chemin des Sept-Deniers, F-31200 Toulouse, Francia

Resumen: Se revisan las relaciones entre literatura y entomología a través de una pequeña -y necesariamente parcial- selección de escritores modernos, distinguiendo entre aquellos cuyos conocimientos parecen ser elementales de aquellos otros realmente aficionados a la entomología. Se completa el capítulo con una referencia a las escasas incursiones literarias de algunos entomólogos en el ámbito de la ciencia.

Es difícil para un entomólogo (aún siendo un simple aficionado) resistirse a la manía clasificadora hasta cuando toca hablar de literatura. Valgan estas palabras de excusa por el rígido esquema en el que voy a tratar de encajar a algunos de los escritores modernos que se han interesado por el mundo de los insectos. Bien por ignorancia, bien por falta de espacio, he de reconocer que muchos autores importantes faltan en este pequeño ejercicio. He preferido dar la palabra a unos cuantos, antes que desgranar una lista de nombres poco conocidos.

1. Escritores sin conocimientos, o con conocimientos elementales, en el campo de la entomología

1.1. El tema del insecto gigante

Un tópico muy arraigado en la literatura anglosajona y germánica es el del insecto gigante, crecido por algún motivo -hechicería, fantasía, pesadilla o metamorfosis- al tamaño de un hombre. Las variantes de este tema son múltiples, pero casi siempre exprimen los miedos ancestrales despertados por el insecto que se convierte así en un monstruo asqueroso y sanguinario. Películas como *La Mosca* (en sus dos versiones, la de los años cincuenta y la de los años ochenta) no han hecho más que trasladar a la pantalla este arquetipo del insecto mortífero. Todas las cualidades que se suponen propias del ser humano -compasión, amor, inteligencia- aparecen negadas, aniquiladas bajo el caparazón viscoso de la mosca.

El proceso inverso, la reducción del hombre al tamaño del insecto, da los mismos resultados. Los que recuerden *El increíble hombre menguante*, una de las mejores películas de ciencia-ficción de los años cincuenta, se acordarán de la escena final en la que el héroe, reducido su tamaño a algunos centímetros, se enfrenta a una feroz araña velluda. Esta escena es la lejana heredera de uno de los episodios de *Los viajes de Gulliver*. Durante su estancia en Brobdingnag, país de los gigantes (cap. 3), el héroe de Jonathan Swift (1667-1745) encuentra en los insectos sus peores enemigos.

La reina solía embromarme a propósito de mis temores y siempre me andaba preguntando si toda la gente de mi país era tan cobarde como yo. Ello empezó con la causa siguiente: en verano aquel reino está infestado de moscas, odiosos insectos grandes como una alondra, y

que no me dejaban reposo durante las comidas con su continuo volar y zumbar a mi alrededor. A veces se detenían sobre mis alimentos, otras en mi frente o nariz, picándome fuerte y oliendo de un modo muy ofensivo, tras lo cual me dejaban señalado con esa substancia viscosa y que, según dicen nuestros naturalistas, permite a esos seres andar con las patas para arriba en los techos...

Recuerdo que una mañana en que Glumdalclitch había puesto mi caja, conmigo dentro, en el alféizar de una ventana (como usualmente hacía en los días buenos...), habiendo yo abierto uno de los postigos y sentándome a comer un trozo de bollo dulce para desayuno, cosa de veinte avispas, atraídas por el olor, irrumpieron por la ventana zumbando de tal modo que parecían otras tantas cornamusas en tono mayor. Algunas de ellas se adueñaron de mi bollo y lleváronse trozos de él, mientras otras volaban en torno a mi cara y cabeza, aturdiéndome con su ruido y produciéndome mortal temor de sus aguijones. Tuve, no obstante, el valor de levantarme y atacarlas a sablazos. Despaché cuatro de ellas y el resto huyó...

(J. Swift, *Viajes de Gulliver*, Biblioteca Básica Salvat, 1982).

Mención aparte merecen dos escritores que, al retomar el tema del insecto gigante, le han dado un nuevo sentido, más favorable al artrópodo y más perturbador para el ser humano y su supuesta superioridad.



Ilustración de Alicia a través del espejo, L. Carroll.

Lewis Carroll (1832-1898) parece tomar el asunto a broma, pero como de costumbre sus juegos absurdos encubren un sutil mensaje metafísico. En este caso, el mensaje está dirigido a los entomólogos taxonomistas, y no sé si la pregunta que les hace el mosquito de Lewis Carroll ha encontrado respuesta, al cabo de un siglo. He aquí el pasaje de *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado* (cap. 3: *Insectos del espejo*), en el que Alicia se encuentra con un mosquito del tamaño de un pollo.

— ¿...entonces, a ti no te gustan *todos* los insectos? — continuó su pregunta el mosquito, como si no hubiera pasado nada.

—Me gustan cuando pueden hablar —respondió Alicia—. En el lugar de donde yo vengo no hay ninguno que hable.

—¿Cuáles son los insectos que te *encantan* —le preguntó el mosquito— en el país de donde vienes?

—A mí no me *encanta* ningún insecto —explicó Alicia—, porque me dan algo de miedo... al menos los grandes. Pero, en cambio, puedo decirte los nombres de algunos.

—Por supuesto que responderán por sus nombres —observó descuidadamente el mosquito.

—Nunca me lo ha parecido.

—Entonces, ¿de qué sirve que tengan nombres, si no responden cuando les llaman?

—A ellos no les sirve de nada —explicó Alicia—, pero sí les sirve a las personas que les dan los nombres, supongo. Si no ¿por qué tienen nombre las cosas?

—¡Vaya uno a saber! —replicó el mosquito—. Es más, te diré que en ese bosque, allá abajo, las cosas no tienen nombre...

(L. Carroll: *Alicia a través del espejo*. Alianza edit., 1980).

En esta época en la que los bosques tropicales desaparecen del mapa ante nuestros ojos, la pregunta del mosquito se podría formular de otra manera: ¿porqué seguir dando nombres a ocho o nueve mil insectos cada año, si al mismo tiempo, «allá en el bosque», decenas de miles de sus congéneres, callados y anónimos, habrán desaparecido antes de que nadie se haya dado cuenta de su existencia?

La Metamorfosis de Franz Kafka, publicada en 1915, va por otros derroteros. El argumento es de todos conocido: el héroe, Gregorio Samsa, descubre un día que se está transformando en insecto. Refugiado en su cuarto, rechazado por

su familia, Samsa acabará muriendo por inanición. La lectura de esta famosa novela corta habrá decepcionado a más de un entomólogo, por la ausencia de una descripción detallada de la nueva anatomía de Samsa. El único indicio dejado por Kafka es el nombre del animal: no se trata de una cucaracha, como a menudo se cree (y se representa en las portadas de las ediciones de bolsillo), sino de un *Mistküfer*, literalmente un 'coleóptero del estiércol', muy probablemente una especie de Scarabaeidae. Yves Cambefort ha mostrado, con argumentos convincentes, que la metamorfosis de Samsa no significaba una regresión hacia la animalidad, sino todo lo contrario, un progreso espiritual (Cambefort 1994: 168). Al transformarse en escarabajo 'perfecto', el héroe deja el estado larvario en el que queda inmersa la humanidad. En este sentido, no es ninguna casualidad que el apellido del narrador, Samsa, signifique 'sol' (con una posible alusión críptica al escarabajo solar de la mitología egipcia). Es por la incomprensión de los otros hombres -en concreto, su familia- por lo que la experiencia de la metamorfosis acabará en fracaso.

1.2. El insecto y la muerte

En *El escarabajo de oro*, uno de los cuentos más famosos de Edgar Allan Poe (1809-1949), el insecto sólo sirve de pretexto para la construcción de un enigma que acumula, no sin cierta pizca de humor, muchos ingredientes del cuento fantástico y de las historias de piratas: el mensaje críptico, la isla, la calavera, el tesoro escondido. No era de esperar en semejante contexto una descripción cuidada del escarabajo. Destaca, sin embargo, esta inquietante evocación:

—Entonces, mi querido amigo, usted bromea —dije—; esto es un cráneo muy aceptable, puedo llegar a decir que es un cráneo excelente, conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares fisiológicos; y su escarabajo, es con toda seguridad, el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña superstición muy espeluznante a base de él. Sospecho que va usted a llamar a este insecto *Scaraboeus caput hominis* o algo semejante; hay en la Historia Natural muchas denominaciones por el estilo...

(E. A. Poe: *El escarabajo de oro*. En: *Narraciones extraordinarias*. BBS Salvat, 1982).

Vuelve pues bajo la pluma de Poe el tema del insecto peligroso, relacionado por esencia con la muerte (con la imagen heráldica de la calavera, recuerdo probable del esfíngido *Acherontia atropos*, ver en este volumen el artículo sobre Buñuel y los insectos). Pero también se vislumbra una reflexión sobre las derivaciones simbólicas o antropomórficas de la nomenclatura zoológica: es una pena que Poe no haya desarrollado este tema.

Ni siquiera las mariposas diurnas, con sus bellos colores, su ligereza, su pasión por las flores, tan cantadas por los poetas, se escapan de este halo de muerte, como atestiguan los versos que se citan a continuación de Gérard de Nerval (1808-1855), uno de los más sensibles poetas del romanticismo francés. Su poema titulado *Las mariposas* empieza con una alegre invocación:

Mariposa, flor sin tallo,
En el infinito de la naturaleza,
¡Armonía alada
Entre la planta y el pájaro!

Sigue, en varias estrofas, la descripción de las especies más hermosas. Pero la belleza de las mariposas deviene maldición, ya que excita la codicia de los hombres. Es una inocente niña la que, en los últimos versos del poema, acaba con ellas:

Una joven doncella
de tierno corazón y dulce sonrisa
En vuestros corazones
Ha clavado su aguja,
¡Y desconcertada contempla
Vuestras antenas crispadas
En los dolores de la muerte!

Esta fúnebre conclusión anuncia, en cierta medida, la visión de los insectos que se da en la obra de otro poeta, Federico García Lorca, y muy especialmente en su libro más desesperado, *Poeta en Nueva York* (1929-1930). He aquí algunos versos del poema titulado *Luna y panorama de los insectos* (*Poema de amor*):

Los insectos,
los muertos diminutos por las riberas,
dolor en longitud,
yodo en un punto,
las muchedumbres en el alfiler,
el desnudo que amasa la sangre de todos,
y mi amor que no es un caballo ni una quemadura,
criatura de pecho devorado.
¡Mi amor!

...
¡Ya cantan!, ¡gritan!, ¡gimen!,
¡cubren!, ¡trepan!, ¡espantan!

Los insectos,
los insectos solos,
crepitantes, mordientes, estremecidos, agrupados,
y la luna
con un guante de humo sentada en la puerta de sus
derribos.
¡¡La luna!!
(F. G. Lorca: *Poeta en Nueva York*. Bruguera Club, 1981)

Domina aquí la imagen obsesiva -evidentemente arquetípica- de los insectos insaciables, devastadores, innumerables, asociados al trabajo de la noche (de allí su relación con la luna) y de la muerte. Pero en realidad son dos las imágenes relacionadas con los insectos que transcurren en los versos de *Poeta en Nueva York*. Por un lado tenemos la visión amenazante del insecto vivo y activo, cuya máxima expresión es el hormiguero, con su actividad frenética, absurda e inhumana. Por otro lado, está la visión también obsesiva de la colección entomológica con sus multitudes de insectos disecados o clavados, aún con apariencia de vida ('las muchedumbres en el alfiler'). Es curioso constatar cómo la imaginación hipersensible de un poeta que muy probablemente no había leído a Nerval se fija en el mismo detalle, el del alfiler. De la fusión inconsciente de estas dos visiones, surge en los poemas de *Poeta en Nueva York* la metáfora de una multitud humana sin esperanza ni fe, casi muerta, que se mueve sin rumbo en el hormiguero de las grandes urbes modernas. Esta reducción implícita del hombre de Nueva York a un espécimen entomológico explica también las extrañas e inquietantes visiones de un ser humano clavado

como insecto: «no importa que el niño calle cuando le clavan el último alfiler» (*Paisaje de la multitud que orina*); «un alfiler que bucea / hasta encontrar las raicillas del grito» (*Asesinato*).

A pesar de todo, la promesa de un futuro despertar de los insectos «disecados», en una última metamorfosis, puede ser un motivo de esperanza:

veremos la resurrección
de las mariposas disecadas
y aun andando por un paisaje de esponjas grises
y barcos mudo
veremos brillar nuestro anillo
y manar rosas de nuestra lengua
(*Ciudad sin sueño*).

Pero esta visión de redención y felicidad no dura. En el artrópodo convergen a fin de cuentas todos los signos negativos, todas las fuerzas de destrucción del universo lorquiano, llegando incluso a representar el mal absoluto:

Un día las hormigas furiosas
atacarán los cielos amarillos
que se refugian en los ojos de las vacas.
(*Ciudad sin sueño*).

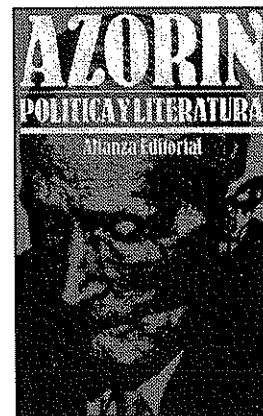
Es inútil buscar el recodo
donde la noche olvida su viaje,
porque tan solo el diminuto banquete de la araña basta
para romper el equilibrio de todo el cielo.
(*Paisaje de la multitud que orina*).

1.3. El insecto como espejo del hombre: Azorín

Las páginas dedicadas por Azorín (José Martínez Ruiz, 1873-1966) a sus observaciones sobre arañas e himenópteros son un buen ejemplo de un género hoy casi extinguido: la filosofía de la naturaleza. Es un género híbrido en el que la descripción de fenómenos naturales sirve de base o de pretexto para desarrollar grandes temas metafísicos o ilustrar lecciones morales. Buffon fue el inventor del género, pero no prestó mucha atención a los insectos.

En 1857, el historiador y filósofo Jules Michelet les dedicó un libro entero: *L'insecte*, defendiendo con su pluma vibrante la causa de unos seres que, según él, dan las más exquisitas muestras de amor materno que se conocen en el reino animal y han construido las más perfectas sociedades. Bastará con citar el título de uno de los capítulos, *La misión y las artes de los insectos*, para hacerse una idea de esta curiosa obra, hecha sin la más mínima base científica, ya que toda su información era de segunda mano.

Azorín tenía sobre Michelet la ventaja de ser un observador paciente y atento (sobre Azorín naturalista, véase Del Pan, 1946). Crió en cajitas de cartón varias especies de arañas para estudiar sus tácticas de caza. Pero cae en el mismo defecto de sus predecesores: el antropomorfismo, al prestar a los insectos con las virtudes y defectos de los hombres. Como dice Ismael del Pan en términos más bien



Portada de una edición moderna (1980) de ensayos de Azorín.



Charles Nodier

benévolos: Azorín es «un espíritu animista, que ve en la fauna y en la flora análogas manifestaciones íntimas que en la esencia del ser humano».

Buena prueba de esta tendencia es su descripción comparada de la abeja y la avispa (citada por Del Pan, 1946: 145-147):

Las abejas son regordetas, cortas, lentas; sus patas son breves y recias; su abdomen es negro, y el tórax va recubierto de un terciopelo dorado o ceniciento. Las avispas, en cambio, son delgadas, finas, con patas sutiles, con alas estrechas y largas; una bella pintura, a zonas simétricas, negras y verdes, cubre su cuerpo.

Azorín lleva luego al lector a la alberca, para comparar las maneras de beber de las dos especies...

La avispa no ronronea indecisa sobre el agua; no revuela perpleja; no se mueve y se remueve con ademán prosaico. La avispa llega rauda, ligera, con su vestido negro y verde: un momento se suspende sobre el cristal diáfano; luego baja rápida y pone sus seis sutiles patas extendidas sobre el agua.

Al carácter casero y prosaico de la abeja, a su torpeza, a su egoísmo, opone la elegancia, refinamiento, superioridad innata de la avispa, cuyo vuelo es «una caricia etérea y placentera, que pasa y no se detiene en insistencias insostenibles...». Entre la aristócrata y la humilde trabajadora, Azorín no esconde su preferencia. ¡Curiosa elección de un escritor que había dado sus primeras batallas en revistas anarquistas!

2. Escritores aficionados a la entomología

Sorprende el número de poetas y novelistas conocidos del siglo XIX y de la primera mitad del XX -algunos incluso, de primerísima fila- que se han dedicado en algún momento de su vida a la entomología. Esto se puede explicar, en parte, por el estatuto que tenía la entomología, y más ampliamente las ciencias naturales, en las clases altas de la sociedad del siglo pasado. Eran ciencias 'amables', consideradas benéficas tanto para el espíritu como para el cuerpo, accesibles a toda persona medianamente culta (bastaba con saber un poco de latín), y por consiguiente no solamente formaban parte de las enseñanzas básicas destinadas a los niños de la aristocracia y de la burguesía culta, sino que además se consideraban una de las actividades más honorables que podía desempeñar un hombre que viviera de rentas.

En varias novelas del siglo XIX aparece la figura del maestro particular que enseña los rudimentos de la historia natural a los niños de una familia adinerada. Puede ser un viejo clérigo experto en botánica, o un joven de extracción humilde, como Julien Sorel en *Rojo y negro*, de Stendhal (1830):

[Madame Rénal]... pasaba los días en el huerto corriendo con sus hijos detrás de las mariposas. Habían fabricado unos grandes caza-mariposas de gasa clara, con los que cogían a los pobres lepidópteros. Éste era el nombre bárbaro que Julián le había enseñado a la Señora de Rénal...

(Stendhal: *Rojo y Negro*. Bruguera Club, 1980).

Algunos de los más famosos novelistas del siglo XIX han tenido una colección de insectos, aunque esta afición no haya dejado huellas en su obra. Gustave Flaubert, por ejemplo, escribe en el diario de su viaje a Egipto (1850): «Mientras regresábamos de Menfis, encontré en el polvo del camino un grueso escarabajo que agarré y que está ahora clavado en mi colección» (citado por Cambefort, 1994: 173). Honoré de Balzac fue iniciado a la entomología por su yerno el conde Mnischev, un aristócrata polaco de mediados del siglo XIX que poseía una de las más importantes colecciones de coleópteros exóticos de su tiempo; fue él, sin duda, quien inspiró las pocas alusiones entomológicas que se encuentran en las novelas de la *Comedia humana*, como ésta en *La prima Bette* (1846): «todo se conservaba aquí [en el piso de uno de los personajes] como coleópteros en el despacho de un entomólogo». Más recientemente, el filósofo cristiano Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), fue durante su adolescencia un coleopterólogo apasionado.

Pero muy pocos son los escritores que han hecho pública -y transformado en materia literaria- su pasión por los insectos. Me detendré en los tres ejemplos de Charles Nodier, Vladimir Nabokov y Saint-John-Perse. Sólo por falta de espacio he tenido que dejar de lado a un escritor no menos importante, el alemán Ernst Jünger, cuyo libro de memorias titulado *Cazas sutiles* (*Subtile Jagden*, 1967) está casi enteramente dedicado a sus recuerdos de 'cazador sutil'. Este libro complejo, mezcla de anécdotas y reflexiones profundas, merecería, por sí solo, un estudio aparte.

2.1. Charles Nodier (1780-1844)

Charles Nodier, estilista exquisito, autor de deliciosos cuentos fantásticos, está hoy casi olvidado, aunque figuró entre los miembros más destacados de la generación romántica de los años veinte del pasado siglo. Muchos cerambicidólogos lo conocen, sin saber que era un escritor, por la especie *Oxypleurus nodieri*, un raro longicornio nocturno de los pinares mediterráneos, que le fue dedicada por Mulsant como a «una de las glorias de nuestra literatura» (Mulsant 1839: 58). Su trayectoria entomológica fue bastante original. Se dedicó en cuerpo y alma al estudio de los insectos entre los 14 y los 22 años, publicando cuando apenas tenía 18 años una *Disertación sobre el uso de las antenas en los insectos, y sobre el órgano del oído en los mismos animales* (Besanzón, 1797), y luego una *Bibliografía entomológica o catálogo razonado de las obras que tratan de la entomología y de los insectos* (París, año IX [1801]). Pero su vocación literaria no tardó en afirmarse y Nodier se alejó paulatinamente de la entomología activa, no sin haber descrito en 1821, en una nota infrapaginal de un opúsculo titulado *Paseo de Dieppe a las montañas de Escocia*, el *Carabus hookeri* que resultó ser un sinónimo de *Carabus nitens* L. (¡inocentes y remotísimos tiempos, en los que se consideraba científicamente válida una descripción de dos líneas descuidadamente añadida al relato de un viaje literario!).

En su cuento titulado *Sybilla Merian* (1832), la famosa pintora de historia natural (autora de la *Dissertatio de*

generatione et metamorphosisibus insectorum Surinamensium, Amsterdam, 1705), trata de convencer a su sobrino, Gustave de Rosander, de que los insectos son «un pueblo en el que todos nacen adultos y perfectos, vestidos de pomposos adornos», y que son superiores al hombre en casi todos los campos. La contemplación del mundo de los insectos aparece, al final, como la mejor vía para llegar a la sabiduría. En otro cuento, *El hombre y la hormiga*, definido por el mismo autor como un «apólogo primitivo», los comejenes destruyen la orgullosa Biblos, primera ciudad en la historia de la humanidad, y Nodier concluye así: «El hombre sigue construyendo, pero la hormiga *Termes* aún está en marcha!».

El cuento *Piranese* (1837), «a propósito de la monomanía reflexiva», contiene un recuerdo más personal, consistiendo en la narración de un episodio en el que el joven Nodier, con 14 años (era pues el año 1793) escapó de perder la vida durante una excursión entomológica en los alrededores de Besanzón. No me resisto a traducir este pasaje, buena muestra de la sencillez, honda sensibilidad y dulce ironía de Nodier:

Divisé en un pequeño boleto que colgaba de la rama más alejada del árbol, un precioso insecto del tamaño de un grano de mostaza, redondo como una perla, negro y brillante como el azabache pulido, sus estuches ocultos por dos anchos lunares de un admirable rojo lacado. Acababa de reconocer el famoso *Tritoma bipustulatum*, cuyo primer ejemplar había sido recogido el 17 de abril del año anterior en Homstead, Inglaterra, por mi ilustre maestro Juan Cristián Fabricius.

El adolescente trepa acto seguido al árbol, pero pronto se encuentra colgado encima de un precipicio, y se salva por milagro.

Estaba a salvo, con las piernas que ya no me soportaban... Y con una alegría que mi corazón nunca más volvería a conocer, contemplaba el despojo óptimo de esta expedición que sin embargo no me aportaría ni la fortuna ni la gloria: ¡el *Tritoma bipustulatum*!... Desde entonces he recogido sesenta ejemplares de la misma especie en mis paseos por el parque de Saint-Germain...

Años más tarde, Nodier daría de su afición por las ciencias naturales una explicación que, si no me equivoco, tendrá resonancias en todos los que guardan bajo el cristal de sus cajas entomológicas, como pequeños talismanes contra la huida del tiempo, insectos que les recuerdan lejanos horizontes y dulces momentos del pasado:

Es maravillosamente grato el estudio de la naturaleza que atribuye un nombre a todos los seres, un pensamiento a todos los nombres, una afección y un recuerdo a todos los pensamientos. Al hombre que no ha calado en el encanto de estos misterios le ha faltado sin duda un sentido para disfrutar de la vida. (*Séraphine*, 1833, p. 40, citado por Magnin, 1911 : 188).

2.2. Vladimir Nabokov (1899-1977)

Hijo y nieto de ministros del Zar, Nabokov pertenecía a aquella aristocracia rusa, afrancesada y anglófila a la vez, rica hasta no saber qué hacer con su dinero, que fue barrida por la tormenta de la revolución rusa. Viendo su temprana fascinación por las mariposas, sus padres le dieron, antes de



Vladimir Nabokov junto a su padre, el año (1906) que comenzó su colección de coleópteros.

que tuviera diez años, todos los medios: equipamiento completo, incluida una trampa de luz, biblioteca especializada, especímenes raros comprados en la oficina de Staudinger - para constituir una colección de lepidópteros. Fue en el exilio, en Francia y más tarde en Estados Unidos, donde Nabokov empezó a escribir novelas y se hizo famoso con *Lolita* (1955). Pero su carrera literaria, a diferencia de Nodier, no lo alejó del todo de la entomología, aunque su colección fue aniquilada dos veces a causa de las guerras: la primera vez en San Petersburgo en 1918, la segunda vez en París en 1944. De 1941 a 1948, trabajó en el *Museum of Comparative Zoology* de Harvard, dedicándose a la sistemática de los lepidópteros. Describió algunas especies nuevas y revisó varios géneros en revistas como *Psyche*, *The Entomologist* o el *Bulletin of the Museum of Comparative Zoology*. Sus memorias, tituladas *Speak, Memory* (Nabokov 1960), contienen un importante capítulo (el sexto) sobre su pasión por las mariposas.

Desde los siete años, todas las sensaciones despertadas en mí por el rectángulo de luz del día que se enmarcaba en mi ventana fueron causadas por una única pasión. Aunque mi primera mirada de la mañana fuera para el sol, mi primer pensamiento era para las mariposas que éste engendraría.

Sigue el episodio de su primera emoción entomológica, la captura frustrada de un 'macaón' durante el verano de sus siete años. Poco tiempo después, se haría dueño de una bella mariposa nocturna que su madre mataría con éter. Muchos años después, el olor del éter siempre le abrirá a lo grande «la puerta del pasado»; y recuerda Nabokov que una vez, ya adulto,

estaba bajo el efecto del éter durante una apendicetomía, y en colores vivos como los de las calcomanías, tuve la visión de mí mismo, en traje marinero, extendiendo un pavón nocturno recién nacido bajo la

vigilancia de una señora china que era mi madre. No faltaba ningún detalle a las vívidas imágenes de mi sueño, mientras ponían al descubierto mis propios órganos vitales: el algodón hidrofílico empapado con éter, frío como el hielo, que se apretaba en la cabeza lemuriense de la mariposa; los decrecientes espasmos de su cuerpo; el crujido satisfactorio producido por el alfiler al perforar el duro caparazón de su tórax; la cuidadosa inserción de la punta del alfiler en la ranura revestida de corcho del extendedor; la disposición simétrica de las alas espesas, de fuertes nervuras, bajo tiritas de papel medio transparentes, colocadas con destreza.

Típica de Nabokov es la agudeza del análisis psicológico; no se le escapa, por ejemplo, la faceta de crueldad infantil que tenía su pasión entomológica. Por otra parte, los dos textos citados hacen hincapié en la importancia de las impresiones visuales (los juegos de la luz en una ventana) u olfativas (el olor del éter) como motores inconscientes de la memoria, un tema que transcurre en toda la obra de Nabokov.

Una anécdota pinta perfectamente el carácter de Nabokov y también su manera de alimentar sus obras de ficción, de forma críptica, con recuerdos reales irónicamente trastornados. Con diez años (¡otro entomólogo precoz!), descubre en el norte de Rusia, en su trampa de luz, lo que le parece ser una especie nueva del género *Plusia* (= *Phytometra*, Noctuidae). Manda enseguida su descripción, acompañada por una ilustración en acuarela, a Richard South para su publicación en *The Entomologist*. Hecha la verificación, el especialista británico le contesta que la especie -por cierto, muy rara- había sido descrita años antes por un tal Kretschmar, bajo el nombre de *Plusia excelsa*.

Recibí la triste noticia con el más firme estoicismo. No obstante, muchos años después, me desquité del primer descubridor de mi mariposa nocturna dando su nombre a un personaje ciego en una de mis novelas.

Merecería una reproducción in extenso todo el capítulo en que Nabokov recuerda sus aventuras lepidopterológicas en el edén dos veces perdido de su infancia -una vez por el irremediable andar de los años, y otra vez porque la revolución rusa aniquiló hasta sus cimientos el mundo de lujo irreal y cultura cosmopolita que era el de la familia Nabokov-, un capítulo cargado de emoción a pesar del tono distanciado, lleno de humor británico, que adopta el autor para hablar de su pasión. Y concluye así:

Pocas cosas he conocido que, desde el punto de vista de la emoción o del apetito, de la ambición o del cumplimiento, pueden sobrepasar en riqueza y fuerza la fiebre de la investigación entomológica.

2.3. Saint-John Perse (1887-1975)

Premio Nóbel de literatura en 1960, el poeta y diplomático Alexis Saint-Léger Léger (Saint-John Perse era su seudónimo literario) fue un naturalista completo. Nacido en la isla caribeña de la Guadalupe, en una familia de la aristocracia criolla, tuvo una gran influencia sobre él un botánico amigo de sus padres, el Padre Antoine Duss, autor de una *Flore phanérogamique des Antilles* (1898). Otra influencia decisiva en su niñez fue la lectura de Jean-Henri Fabre. Su correspondencia revela la amplitud de sus conocimientos

entomológicos. En una carta a André Gide de 1911, cuenta su visita a un tal Jansen, un inglés original que coleccionaba las mariposas del género *Ornithoptera*. En otras cartas de la misma época, hace comentarios sobre el mimetismo entre distintas familias de mariposas y sobre un Curculiónido que ataca las palmeras caribeñas del género *Oreodoxa*. Todo ello explica que Saint-John Perse no haya dudado en utilizar muchos nombres de insectos en sus poemas, bien triviales, bien científicos: mosca, oruga, avispa, mosquito, langosta, abeja, hormiga, pero también anofeles, cantárida, sphex, efímero, noctuela, phryganea, fasma, vanessa, piérida...

Sus primeros poemas, reunidos bajo el título *Elogios* (1908), recuerdan su infancia en el Caribe. Los insectos están presentes en muchas páginas, vistos a través de los ojos de un niño. Se pueden citar, entre muchos otros, los siguientes versos:

¡Y aquellas moscas, hacia el último piso del jardín, que eran como si la luz hubiese cantado!

(...)

Las orillas hinchándose, derrumbándose bajo capas de insectos de bodas grotescas.

(...)

Y la vendedora de caramelos

Lucha

contra las avispas cuyo vuelo parece las mordeduras del sol en las espaldas del mar.

(...)

Tengo cita afuera: un insecto me espera. Me da alegría su grueso ojo de facetas, anguloso e imprevisto como la fruta del ciprés.

En los poemas de la madurez, varias imágenes extraídas del mundo de los insectos están presentes en el universo mental de Saint-John Perse, y le sirven para expresar algunas de sus inquietudes más profundas. El élitro del coleóptero seco, las escamas pulverulentas de la mariposa muerta, son símbolos de muerte, esterilidad y agotamiento del mundo en los poemas escritos en el exilio durante la segunda guerra mundial.

¡Arenas!, ¡y el élitro púrpura del destino en una mirada fija! (*Exilio*, V).

... la aclamación de todo lo que está por renacer sobre los restos de élitros y conchas (*Vientos*, IV, 6).

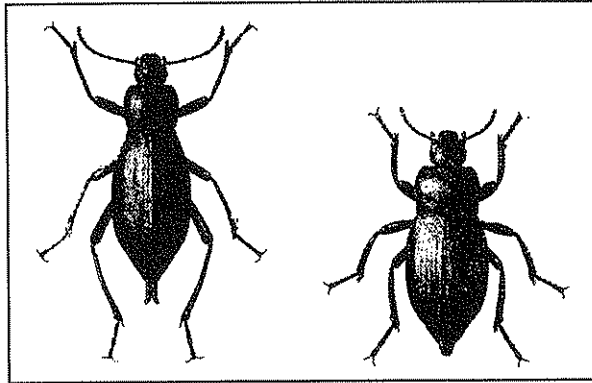
El insecto en el ámbar es otra figura de la impotencia y del fracaso:

Cosas vanas en el harnero de la memoria, y los poemas de la noche repudiados antes del alba, y el ala fósil en la trampa de las grandes víspersas de ámbar amarillo... (*Exilio*, IV).

En la misma tónica, Saint-John Perse manifiesta cierto rechazo hacia la figura del naturalista de gabinete o de museo «que ronda en las salas grandes donde se desmigajan, bajo cristales, las panoplias de los fasma y las vanesas» (*Exilio*, VI).

Pero otras imágenes son positivas. La araña velando en su tela, con el signo blanco del enigma pintado en su

abdomen, es la metáfora del mismo poeta: «el Contemplador nocturno, en el extremo de su hilo, como la epeira fasciata» (*Vientos*, I, 3). Las avispas solitarias han fascinado a Saint-John Perse, y también los hombres que las estudian: «Otros lo han visto [al príncipe] en la luz, atendiendo a su respiración, como un hombre que espía una avispa terrera» (*Amistad del Príncipe*, 11). Sin duda, el recuerdo de Jean-Henri Fabre es el que ha inspirado a Saint-John Perse esta sorprendente, pero bella comparación. Por fin, el misterio del «enjambre esquivo», de esa «ardiente migración de abejas» que cruza la ruta de los hombres, «en busca de su lugar» (*Amers*, IX), es un símbolo transparente del alma.



Dos especies de *Blaps* que tanto estimularon a Mulsat en la redacción de literatura entomológica 'galante'.

3. Escasas escapadas de los entomólogos por los senderos de la literatura

La buena ciencia rechaza los adornos del estilo, como ya advertía Linnaeus en su tosco latín: *shum oratorium in descriptionibus, nihil est magis abominabile*, es decir, no hay nada más abominable que hacer uso de un estilo rebuscado en las descripciones científicas. Y como añade Nodier (1835), 'aunque Urania es la más casta de las musas, la quiero poco vestida y le prohíbo los faralás'. Dos siglos después, la polémica en torno a la frialdad, impersonalidad y carácter estereotipado del estilo científico no ha terminado (Melic, 1997; Yela, 1997).

Sea lo que fuere, resulta difícil encontrar algo que se pueda definir como literatura en obras de entomólogos profesionales o de aquellos aficionados 'serios' quienes, en su afán por emular a los profesionales, hacen gala de frialdad. Como todos sabemos, el único espacio de libertad, por así decir, que existe en el marco rígido de una publicación entomológica es la elección del nombre de un nuevo taxon, y no es de extrañar que los nombres más disparatados provengan de la pluma de especialistas conocidos por la austeridad popperiana de sus escritos. Pero ésta es otra historia que habrá de contarse en otra oportunidad. Después de un rastreo que por cierto no podía ser exhaustivo, sólo he encontrado dos verdaderos intentos literarios en la ingente masa de las publicaciones entomológicas en lengua francesa.

Etienne Mulsant (1797-1880), bibliotecario en la ciudad de Lyon, fue un incansable taxonomista, autor de una monumental *Histoire naturelle des Coléoptères de France* en 24 volúmenes. Pero su talento tenía otra faceta. Su primer libro, titulado *Cartas a Julie sobre la entomología* (*Lettres à Julie sur l'entomologie*, Lyon, 1830, 2 vol.), es una deliciosa iniciación al estudio de los insectos, dedicada al 'sexo amable', como reza el prefacio. Descripciones científicas alternan con anécdotas en prosa y digresiones líricas en versos (eso sí, muy malos versos). He aquí, como muestra, la descripción sucesivamente tremendista, jocosa y salaz de las costumbres de los Tenebrionidae del género *Blaps*:

Una de estas horribles especies, atraída por el calor o las emanaciones de nuestro cuerpo, entra a veces en la cama del habitante del agro; si el infeliz busca en este momento la causa de su malestar, si su mano temblorosa encuentra el hediondo animal, entonces en su crédula imaginación se imponen las más lúgubres ideas de espectros y aparecidos, alejando el sueño de sus párpados agitados: de allí el nombre de *presagio de muerte* que se da a estos insectos, hasta entre los naturalistas (*Blaps mortisaga*). ¿Se podrá creer que la naturaleza se ha ocupado de este pequeño monstruo con las máximas atenciones? Fijando en las



J. H. Fabre.

tinieblas su morada habitual, le dio la facultad de entretener, a lo lejos, una misteriosa correspondencia con su compañera. La hembra tiene a tal uso, debajo del vientre, un cepillo de pelos rígidos que, al frotarlos sobre superficies duras, producen cierto temblor. No es necesario añadir que el órgano auditivo de su esposo recibe con encanto este agradable sonido.

La voz de nuestra amiga
Tiene un no sé qué encantador
Que cosquillea nuestro oído
Y estremece nuestro corazón.

Puede ser que el pillo, en un refinamiento de voluntad, finja a veces no oír este murmullo seductor, para hacer repetir una invitación que presagia su felicidad.

Este texto de extraño sabor erótico tiene aún más sal cuando se sabe que la Julie del título era la esposa de Mulsant, y que el libro se presenta como una serie de cartas dirigidas a ella durante su noviazgo. ¿Será posible que el austero Mulsant se haya identificado con el lúbrico macho de los *Blaps*? ¿Y cómo habrá tomado semejante indirecta la futura señora Mulsant?

Muy lejos de esta simpática (pero técnicamente muy limitada) parodia de literatura, la obra de Jean-Henri Fabre (1823-1915) representa en el campo de la historia natural el

caso casi único de un doble éxito, científico y literario a la vez. Sus *Recuerdos entomológicos* han sido leídos y releídos por generaciones de naturalistas, y han deleitado también a escritores de la talla de Marcel Proust. Llegaron críticas, desde las cátedras universitarias, sobre algunos detalles de sus observaciones; le han reprochado no citar siempre sus fuentes; y se han burlado de su anti-darwinismo radical. Pero nadie puede negarle su sagacidad y pertinacia como observador, su amor comunicativo por la naturaleza, y sobre todo las cualidades de esa pluma alegre, vivaz, impresionista, que le merece un lugar entre los poetas.

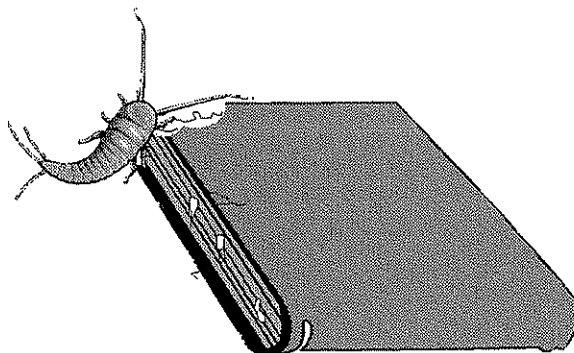
Hemos llegado al final de este recorrido tan incompleto como ecléctico, pero no quiero cerrarlo sin dejar por última vez la palabra a Vladimir Nabokov:

Confieso no creer en el tiempo. (...) El momento en el que más disfruto de la negación del tiempo -en un paisaje escogido al azar- es cuando me encuentro en medio de mariposas raras y de las plantas de las que se alimentan. Estoy en éxtasis, y detrás de este éxtasis hay otra cosa más, muy difícil de explicar. Es como un vacío momentáneo en el que se precipita todo lo que quiero. La sensación de ser uno y lo mismo con el sol y la piedra. Un estremecimiento de gratitud hacia el genial contrapuntista del destino humano, o hacia los tiernos fantasmas que se prestan a todos los caprichos de los sueños de un mortal feliz.

Bibliografía

Salvo excepciones, las obras literarias están citadas en el cuerpo del artículo.

- CAMBEFORT, Y. 1994.- *Le scarabée et les dieux*, Paris, Boubée.
- DEL PAN, I. 1946.- Azorín, naturalista, *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 44 (1-2): 123-151.
- MAGNIN, A. 1911.- *Nodier naturalista. Ses œuvres d'histoire naturelle publiées et inédites*, Paris, Ed. Hermann.
- MELIC, A. 1997.- Frío, impersonal y distante, *Bol. SEA*, 18: 43-46.
- MULSANT, E. 1839.- *Histoire naturelle des Coléoptères de France, I - Longicornes*, Paris, Ed. Maisson.
- NABOKOV, V. 1960.- *Speak, Memory*, New York. Existe una traducción española por J. Piñeiro González, que no he podido consultar: *¡Habla, memoria!*, Madrid, 1963.
- NODIER, CH. 1835.- Des nomenclatures scientifiques, *Bulletin du bibliophile*, 24: 1-11.
- SIGANOS, A. 1985.- *Les mythologies de l'insecte. Histoire d'une fascination*, Paris, Librairie des Méridiens.
- YELA, J. L. 1997.- La dinámica de publicación o 'un granito de arena en la playa', *Bol. SEA*, 19: 35-40.



Otra forma de relación (no literaria) entre Literatura y Entomología.